

La primera aviadora catalana.

Mari-Pepa Colomer y Luque obtiene el título de piloto aviador, en brillante prueba.

SOLEMNIDAD en el aeródromo de Canudas. Con el magistral aviador, sus compañeros de profesorado, Xuclá y Carreras. Y además, todos los alumnos que han salido a través de sus concienzudas enseñanzas, hechos unos expertos pilotos. *Amateurs* de la aviación. Un periodista y un fotógrafo, que ya son como de casa en fuerza de frecuentar el aeródromo. Animación extraordinaria.

Y justificada. Vamos a asistir a un acontecimiento. Por primera vez una mujer catalana va a pasar las pruebas para obtener el *brevet* de piloto aviador. Es lunes y 19 de enero.

(Ibamos a escribir «pilota», de acuerdo con la reciente disposición de la academia. Pero no vemos bien eso de «pilota»... Un académico a quien hemos consultado en la biblioteca del Ateneo en el momento de redactar estas cuartillas, opina lo mismo, y como además es sacerdote nos dice:— Escriba «piloto» y yo le absuelvo. Así, que quedamos en que es piloto...)

Mari-Pepa Colomer Luque se dispone entusiasmada a la prueba por la que tanto ha suspirado. Ya se ha vestido el «mono» blanco... Bueno, un «mono», que era blanco y ya no lo es. Porque como la afición a las cosas del aire en Mari-Pepa no es, como en tantos otros casos, pura literatura, puro *snobismo* sino una vocación irresistible el «mono» que viste está usado.

Mari-Pepa es la alumna más exacta y más puntual del aeródromo: no falta un solo día a las clases. Todas las mañanas llega al Prat, se quita el abrigo, se pone el «mono» y es un alumno más.



Mari-Pepa Colomer posa para CRÓNICA, con sus maestros: Canudas, Xuclá y Carreras, los expertos aviadores catalanes.



Los comisarios oficiales extienden el «brevet» a la primera aviadora catalana, Mari-Pepa Colomer, en el aeródromo de Canudas.

(Fots. Gaspar)



La nueva aviadora refiere a nuestro compañero Solsona las impresiones del decisivo vuelo de prueba. (Fot. Gaspar)

Hay que fijarse bien en esto. No es una señorita entre muchachos jóvenes. Allí todos son aviadores. Mari-Pepa, sin perder un ápice de su feminidad, comparte con sus camaradas las tareas cotidianas. Su entusiasmo por la aviación no le deja tiempo para la coquetería, que es sentimiento privativo de la mujer. Y por lo tanto, no ha perdido el tiempo.

La señorita Colomer pertenece a una distinguida familia barcelonesa, muy conocida en el mundo de los negocios y magníficamente relacionada.

¿Como nació en ella la afición a las cosas del aire?

A través de las lecturas—nos dice—. Cada vez que leía algo sobre aviación, cada vez que veía *fotos* de *raids* aéreos, mi atención se concentraba en ello, despreocupándome de todo lo demás. Llegué a perder la afición a las diversiones propias de mi edad y que eran para mis amigos la ilusión más preciada.

Cada vez se iba abanicando en mi la obsesión. Un día por fin, me atreví a insinuar en casa mi deseo de ser aviadora. Como es de suponer, unos se rieron y otros se indignaron. Pero yo seguí firme en mi propósito. Poco a poco fui convenciendo a mi padre de que mi entusiasmo por la aviación era irresistible, de que mi voluntad de ser aviadora era irrevocable.

Y, al cabo logré, convencerle para que me acompañara a éste mismo aeródromo con objeto de hacer mi bautismo del aire.

—¿Que tal la primera impresión?

—Deliciosa. Volar era tal como yo lo había imaginado, sólo que con menos sensación de peligro de lo que había supuesto. El primer vuelo aumentó mi afición y dejó mi vocación decidida. Seré aviadora.

Y al regresar del verano, a principio de octubre, me inscribí como alumna en la escuela del aeródromo de Canudas.

—¿Con consentimiento de su familia?

—Con el de mi padre; mi madre se enteró de ello bastante después, cuando ya no tenía remedio. Como alumna de aviación he procurado cumplir con mi deber. Claro que esto no ha sido para mí ningún sacrificio. Cuando se tiene la afición que yo tengo, todo va como una se la. Lo único que me ha contrariado es que Canudas, que es un temperamento reposado, iba frenando mis impacencias, porque no quería dejarme volar sola hasta tener completa seguridad de que dominaba el aparato.

—De manera que ahora...

—Estoy segura de mí misma y muy contenta de haber realizado mi gran ilusión.

—Contésteme sinceramente a ésta pregunta, Mari-Pepa: ¿Por que vuela usted?

—Por volar. Por sentir la emoción—que es un placer—le volar. En esto no hay literatura, ni ganas de singularizarme. Yo soy aviadora, sencillamente, porque me gusta volar.

—¿Y tiene idea de realizar una empresa determinada?